EL CLUB DE LAS TULLIDAS

Siempre había soñado con pertenecer al club de las bellas y geniales tullidas, donde brillan con luz propia la hombruna Frida, que acabó arrastrando su pierna porque un hierro le atravesó todo el cuerpo, como si alguien hubiese decidido que su destino pasase por colocarla al modo de un pollo para ser asado; donde la enorme belleza de la coja Clodel iba anunciando su gran talento; donde la enfermedad de la sensible McCullers degeneraba en todos sus personajes; donde la suicida Sylvia Plath acabaría reinando con su cabeza metida en el horno de la cocina; donde la reina del histerismo, la mística Teresa de Jesús, flagelaba su cuerpo llevada por lance amoroso; el club de las bellas y geniales tullidas era el club más selecto al que una señorita podía aspirar. Al lado de éste, el club de las señoritas bien, cuyos vestidos de color pastel eran tan vulgares como sus vidas y tan vacíos como sus cabezas, parecía un club de patéticos patos aspirantes a cisnes. Bien sabía ella que los auténticos cisnes se labran en el crisol del sufrimiento y no en estúpidos salones de té. El club de las bellas y geniales tullidas era un club de blancos corderos expiatorios que nacen con cinco patas. Ser una bella y genial tullida es ser como La Bella y La Bestia; sólo aptas para privilegiadas mentes morbosas. La bella y genial tullida es un blanco cordero con cinco patas, un error de la naturaleza que coloca a La Bella en el pedestal de la morbosidad.

Se las admira, se las ama y, con el mismo deseo, se repudia el halo mórbido que adorna su testa. La profunda belleza, la monstruosa imperfección y el pensamiento genial se dan la mano en un baile macabro a la vez que fascinante. Las bellas y geniales tullidas han nacido para dejar su huella en el mundo y para ser inmortalizadas por el canto de Baudelaire como Flores del Mal que raramente se dan en el jardín de las delicias.